

mismo, sino el trocarme en Vos, el de haceros visible en vuestro indigno representante, y ofrecer á la consideración de todos, la paciencia, la dulzura, todas las virtudes de que fuisteis perfectísimo modelo? ¡Oh, qué mal he secundado los designios de vuestra ardiente caridad! Pero ya está resuelto: vuelto á consagrarme enteramente á la fiel observancia de vuestros ejemplos, y para transformarme en Vos, me entrego a vuestro espíritu. Venid ¡oh Jesús! permaneced en mi alma para realizar en ella y por mi ministerio en la de mis hermanos los misericordiosos designios de vuestro amor. *O Jesu, vivens in Maria, veni et vive in famulis tuis.*

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La imitación de Jesucristo da la santidad y el mérito á todas nuestras acciones y la perfección á todas nuestras virtudes.* Si yo me asocio á las intenciones de Jesucristo, tomándolas por mías, como debe hacer un imitador suyo, jamás las podré tener mejores. ¿Qué buscaba él en todo sino la mayor gloria de Dios? Cuando me consagro á imitar á Jesucristo, yo vivo de su propia vida. El mismo espíritu que animaba sus acciones animará las mías. Es El mismo que piensa, habla, opera y sufre en mí.... ¿Qué excelencia, qué precio, qué perfección daría este adorable principio á todas mis acciones, aun á las más comunes si yo le permitiese usar libremente de todas mis facultades, y gobernar mi vida! Y pasa con mis virtudes lo propio que con mis acciones. Si van modeladas sobre las de Nuestro Señor.... si su espíritu es el alma de ellas.... ya nada dejarán qué desear.

PUNTO SEGUNDO.—*La imitación de Jesucristo llena todos los designios de Dios sobre nosotros.* Dios quiere que tengamos con él tres semejanzas: de naturaleza, de santidad, y de bienaventuranza. El nos da la primera y la última; nuestra cooperación á su gracia forma en nosotros la segunda. El Verbo hecho carne vino á hacernos visibles las acciones y la vida de Dios, á fin de que podamos imitarlas. Las dife-

rentes gracias que recibimos tienden á producir en nosotros esa feliz semejanza. Todo el trabajo del Espíritu Santo en nuestras almas no tiene otro objeto que el de formar en ellas á Jesucristo. Venid ¡oh Dios mio! vivid en mí, para cumplir todas las misericordiosas miras de vuestro amor.

#### MEDITACIÓN XIII

*La imitación de Jesucristo. Desprendimiento que exige*

- I. Es necesario dejarlo todo para seguir á Jesucristo.
- II. Con dejarlo todo no se pierde nada.
- III. Antes bien se gana todo.

#### PUNTO I

*Es necesario dejarlo todo y dejarse á sí mismo para seguir á Jesucristo*

El Salvador ha puesto terminantemente esta condición á todo el que quiera entregársele como discípulo suyo. *Dicebat autem ad omnes: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me (1). Si quis venit ad me et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus (2). Qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus (3).* Es preciso ir libre de todo estorbo, de toda carga, para seguir á un guía que corre á pasos de gigante: *Exsultavit sicut gigas ad currendam viam, nec currentem sequi potes oneratus (4).* Cualquiera afición

(1) Luc., IX, 23.

(2) Luc., XIV, 26.

(3) Luc., XIV, 83.

(4) San Bernardo, Declam., c.

es una valla que impide y á veces destruye tan santa obra. Pero no olvidemos que el desprendimiento ha de ser completo, y no lo es sino cuando nos dejamos á nosotros mismos: *Non reliquit omnia qui retinuit seipsum; imo vero nihil prodest sine seipso cætera reliquisse* (1).

Tal es la idea verdadera de la renuncia evangélica. Dar á Dios lo que poseo es un sacrificio sin valor á sus ojos, si no añado la ofrenda de mí mismo; lo que El quiere es la plenitud de mí sér y, sobre todo, mi corazón, mi alma. Por esto Jesucristo pone como base de toda su divina moral la abnegación de sí propio, y quiere que al abandono del padre, de la madre y de todo, se agregue el abandono de sí mismo: *Adhuc autem et animam suam*, porque en efecto, nosotros juzgamos como posesión nuestra lo que la voluntad retiene siempre, lo que el corazón ama, y aquello que está encadenado por el afecto.

Sí, Señor, cuando me he consagrado á Vos me parece que he dejado todo cuanto poseía fuera de mí; pero ¿me habré acaso dejado á mí mismo? Y si en esos felices momentos en que vuestra gracia hablaba á mi corazón con tanta fuerza hice una ofrenda generosa y completa ¿no he vuelto á apoderarme en seguida de una parte de mi oferta? El amor desordenado de mí mismo, el apego á mi propia voluntad ¿no ha vuelto á ejercer en mí ningún imperio? Cuando en el día del Juicio deis á cada cual según sus obras ¿me atreveré á presentarme delante de Vos con los sacerdotes santos que podrán deciros: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te?* (2). ¡Y, sin embargo, cuán fácil debería serme este desprendimiento si considero lo que tengo que perder ó ganar dejándolo todo para seguiros!

(1) San Pedro Damián. *Serm in fest. S. Bern.*

(2) *Mattt., XIX, 22.*

## PUNTO II

Dejándolo todo no se pierde nada

¿Qué son, en efecto, todas las cosas que puedo poseer aquí en el mundo, si creo al Espíritu de verdad que nos habla en nuestros Libros Santos? Mentira, vanidad, la nada misma. ¿Por qué? Porque mi corazón mirará siempre como nada todo lo que no satisfaga sus deseos, pues la falta de su cumplimiento los excita, y hace más insaciables. Puedo poseer el mundo entero y aún me preguntaré ¿Y es esto todo? Preocupado únicamente de lo que me falta, olvido lo que poseo, y no le doy valor alguno. Hay más: ¿á qué se reduce cuanto puedo dejar por Dios, riquezas, parientes, placeres, honores, si sé apreciar todo esto en su justo valor? Si se lo pregunto á un moribundo, me dirá que es nada todo lo perecedero. Oigo á San Pablo, y hé aquí la lección que él da á todos: *Hoc itaque dico, fratres: Tempus breve est. Reliquum est, ut qui habent uxores, tamquam non habentes sint... et qui emunt, tamquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo, tamquam non utantur.* Notemos la razón que da para inspirar este total desprendimiento: *Præterit enim figura hujus mundi* (1). Como si dijera: ¿qué es la alegría, qué son los gozos del mundo? ¿qué es el mundo mismo? Una sombra, verdaderamente nada. ¡Si á lo menos esta sombra fuera permanente! Pero no, es sombra que pasa, es la nada que se desvanece.

Es evidente, por tanto, que dejándolo todo, yo no dejo nada; porque nada es lo que pierdo, sea cualquiera la cosa que abandone. Y además, Señor ¿acaso vuestra bondad no ha sabido brindarme una muy rica recompensa por la pérdida que yo pudiera padecer con este desasimiento? La hermosa y admirable interpelación que hicisteis á vuestros apóstoles y re-

(1) I Cor., VII, 69.

nováis diariamente á vuestros buenos sacerdotes, lo mismo que á todo el que, para poseeros, lo renuncia todo, es esta: «Cuándo os he enviado sin recursos humanos, sin caudal alguno ¿os faltado mi Providencia? No, Señor. Si nada os ha faltado ¿qué habéis perdido, privándoos de todo para ser única y enteramente de Dios? Pero pasemos más adelante.

### PUNTO III

**Dejándolo todo para seguir á Jesucristo, no sólo no se pierde nada, sino que por el contrario se gana todo**

¡Coronación admirable de mi felicidad, recompensa plena y superabundante del sacrificio que he hecho rompiendo todas las cadenas para correr libremente en seguimiento de mi Salvador. Pedro había preguntado á su Maestro en nombre de todos los apóstoles y de sus imitadores en la renuncia evangélica: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te; quid ergo est nobis?* (2). Meditemos, alma mía, gustemos con delicia la respuesta que se le dió: *Amen dico vobis, quod vos qui secuti estis me..... sedebitis super sedes duodecim, judicantes.... Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores.... propter nomen meum, centuplum accipiet et vitam æternam possidebit* (3). ¡El céntuplo en este mundo, y la gloria eterna en la otra vida!.... Después de esto ¿queda algo que desear? Todo lo gano aun en esta vida, despojándome de todo. Quien nada tiene y no quiere nada, nada le turba. Nuestros deseos nos tiranizan; el modo de reprimirlos es quitarles lo que los alimenta. El fuego se extingue por falta de combustible; las pasiones mueren ó se debilitan cuando se les arranca lo que las sustenta.

Consideremos bien esta verdad. Al dejarlo todo

(1) *Quando misi vos sine sacculo, et pera..... numquid aliquid defuit vobis? at illi dixerunt: nihil.* (Luc., XXII, 35).

(2) Matth., XIX, 27.

(3) Matth., XIX, 29.

por elección y voluntariamente, adquiero el desprendimiento de espíritu: no me agitan ya mil reflexiones enojosas, mil devoradoras inquietudes y mil cuidados importunos. Adquiero el desprendimiento del corazón; no me atormentan ya deseos turbulentos, ni me fatigan temores, ni me desgarran remordimientos.... En este feliz estado gozan de perfecta paz el espíritu y el corazón ¿y no es esta por ventura la paz perfecta en la tierra. ¿No es mucho más que el céntuplo de todo lo que yo he dejado para seguir á mi divino Rey? ¡Y todavía os dignáis añadir á esto, Dios mío, la promesa de la vida eterna, queriendo ser Vos mismo la recompensa del sacrificio que yo os he hecho!

Todo lo gano, Señor, renunciándolo todo para amaros y poseeros á Vos únicamente. ¡Oh! verdaderamente yo he escogido la mejor parte, Vos sois fiel á vuestras promesas, á mí me toca serlo con las mías. ¡Oh pan de los Angeles, venid á desprenderme más y más de todas las cosas de la tierra! Venid á fin de que me despegue hasta de mí mismo; unidme estrechamente á mi Señor y á mi Dios con los lazos de una caridad cada vez más firme y más ardiente. *Trasfige, dulcissime Domine Jesu, medullas et viscera animæ meæ suavissimo ac saluberrimo amaris tui vulnerere..... Da ut anima mea te esuriant, panem angelorum..... te semper sitiatis fontem vitæ, fontem sapientiæ, et scientiæ, fontem æterni luminis, torrentem voluptatis, ubertatem domus Dei* (1).

### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Es necesario dejarlo todo y dejarse á sí mismo para seguir á Jesucristo.* Condición indispensable: aquel que no renuncia á todo lo que posee no puede ser discípulo del Salvador. Todo apego es una cadena: es necesario estar libre para seguir á un guía que corre á pasos de gigante.

(1) San Buenaventura.

Jesús exige que al adandono del padre, de la madre y de todas las cosas, se junte el abandono de sí propio. Soy yo, es mi corazón lo que El me pide. ¡Cuán fácil deberá serme este desprendimiento, si considero que dejo la nada para tomar posesión del Todo, esto es, de Dios!

PUNTO SEGUNDO.—*Nada se pierde dejándolo todo para seguir á Jesucristo.* ¿Qué son, en efecto, las cosas que puedo poseer aquí en la tierra? Mentira, vanidad; la misma nada. Si oigo á un moribundo, me dice que todo lo perecedero es nada. Si pregunto á San Pablo ha de responderme que *la figura de este mundo pasa*. Es una ficción, una sombra, por lo tanto, y una sombra que ni siquiera subsiste, porque se disipa. Es evidente, según esto, que no dejo nada, separándome de todo lo de este mundo.

PUNTO TERCERO.—*Dejándolo todo para seguir á Jesucristo se gana todo.* Pedro pregunta al Hijo de Dios acerca de la recompensa reservada para aquellos que todo lo han dejado por seguirle. ¡Oh alma mía! medita y saborea esta sublime respuesta que se le dió: *En verdad os digo, cualquiera que dejare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.* ¿Queda por ventura algo que desear, fuera de este inmenso bien? Dios cumplirá sus promesas; yo debo observar las mías.

#### MEDITACIÓN XIV

*Práctica de la imitación de Jesucristo. Se llega á ella*

I. Por el conocimiento profundo de tan hermoso modelo.

II. Por el amor al Salvador, que es el fruto de este conocimiento.

III. Por la frecuente comparación de la copia con el modelo.

#### PUNTO I

**El conocimiento de Jesucristo es el primer paso que nos acerca á su imitación**

San Pablo excita vivamente á todos los cristianos á considerar y estudiar al Apóstol y Pontífice de nuestra fe, al Hombre-Dios, dado á los hombres no sólo para pagar su rescate, sino para ser como un libro vivo en el cual se instruyesen ellos acerca de su vocación (1). Compadezcamos á los que no han aprendido todavía á Jesucristo (2); tienen una densa venda en sus ojos que les esconde la belleza de sus ejemplos, y no pueden imitarle. Pero nosotros que tenemos la dicha de conocerle, prosigue el Apóstol contemplamos en El la gloria del Señor, que nos es revelada en su vida perfecta. Nos transformamos en esta imagen; pasamos de una á otra claridad, de una á otra virtud, siguiendo los movimientos del Espíritu Divino que nos anima: *Nos vero omnes revelata facie, gloriam Domini specularantes, in eandem imaginem transformamur a claritate in claritatem, tamquam a Domini spiritu* (3).

Jesucristo es ese divino ejemplar figurado por Aquel que fué mostrado á Moisés en la cumbre del Sinaí; el alma cristiana, verdadero tabernáculo del Señor, debe erigirse conforme á ese plan: *Inspice et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est* (4). No se trata de lanzar hacia él una mirada superficial; es preciso considerarlo con atención, estudiarlo con cuidado, *considerate*; á fin de adquirir un conocimiento preciso de El y de sus rasgos para reproducirlos en nosotros mismos. Tal es propiamente la ciencia del cristiano, la única de que San Pablo se

(1) *Fratres sancti, vocationis celestis participes, considerati apostolum et pontificem confessionis nostrae Jesum.* (Hebr., III, 1).

(2) Eph., IV, 20.

(3) II. Cor., III, 18.

(4) Exod., XXV, 40.

gloriaba y que pedía á Dios para sus discípulos. Llamábala él *la ciencia suprema de la caridad de Jesucristo* (1). También es la única que deseaba San Agustín y que buscaba en sus libros, *quærens Jesu in libris*.

¡Oh, qué objeto tan digno de nuestros estudios! ¿Qué podemos saber si ignoramos á Jesucristo? El es el principio y el fin, *el alpha y omega* (2). *Todo es en El, de El y por El* (3). ¡Cuán poco conocido es, sin embargo, aun de aquellos que tienen la noble misión de manifestarlo al mundo! ¡Cuántos sacerdotes que pasan por fervorosos merecen el reproche que este buen Maestro hacía á sus apóstoles antes de su pasión: «*Tanto tempore voviscum sum, et non cognovistis me!*» (4). Hace mucho tiempo que estoy unido á vosotros por medio de múltiples é íntimas relaciones: en vuestras manos está mi Cruz, mi Evangelio en vuestros libros. Yo mismo estoy á vuestra vista, me tocáis; me entregáis; mi cuerpo es vuestro alimento cotidiano y mi Sangre vuestra bebida..... y á pesar de todo, Yo soy como extraño para vosotros. ¡Ah! si me conocierais ¡cuán diferente sería vuestro corazón de lo que es!»

Evitemos esta queja á Jesucristo leyendo asiduamente su Evangelio y el hermoso comentario que de él han hecho los apóstoles en sus epístolas. Entremos, por la práctica de la oración, en su doctrina y en sus misterios: *Summum igitur studium nostrum sit in vita Jesu meditari* (5). San Buenaventura nos da el mismo consejo: *Hæc sit sapientia tua et meditatio tua semper aliquid de ipso cogitare*. San Francisco Javier recorría cada mes en sus meditaciones el compendio de la vida del Salvador, tal como se halla en el libro de los Ejercicios de San Ignacio; medio excelente para tener una idea exacta y luminosa de su Perso-

(1) Ephes., III, 19.

(2) Apoc., XXI, 6.

(3) Rom., XI, 36.

(4) Joan., XIV, 9.

(5) Imit., l. I, c. I.

na, de sus sentimientos y de sus actos, y para grabar en nosotros su Santa Imagen de tal manera que siempre la tengamos presente. Cuanto más le conocamos más le amaremos.

## PUNTO II

### Amar á Jesucristo, segundo medio para llegar á su imitación

No es posible conocer con claridad los arrobadores encantos del Hombre-Dios sin sentirnos inclinados á unirnos á El mediante la entrega de nuestro corazón, y es imposible amarle sin que nos esforcemos á la vez para adquirir su semejanza, pues el amor es esencialmente imitable. Todo agrada en la persona á quien se ama; se adoptan sus gustos, sus pensamientos, sus maneras, y esto sucede con frecuencia sin que apenas nos demos cuenta de ello. De tal modo un amigo participa é imita las acciones de otro que son exactamente iguales y uno puede decir del otro: mi amigo es otro yo. *Amicus, alter ego*.

Tres clases de amor, por motivos diferentes, nos conducen á imitar á Jesucristo: amor de estima, amor de afecto ó de ternura y amor de interés. ¿Buscamos nuestro bien y nuestra unión con el Salvador? Las meditaciones precedentes nos enseñaron cuán ventajoso nos es el imitarle. Si nuestro amor hacia El procede de la gran estima que tenemos de su infinita excelencia, el deseo de vernos ensalzados y glorificados que nos es tan natural, nos impulsa á acercarnos á Aquel que posee toda perfección y que es la grandeza misma: *Gloria magna est sequi Dominum* (1). Finalmente, el amor de afecto nos inclina á unirnos á las personas objeto de este amor; pero no es dable la unión verdadera, sin la semejanza de costumbres, sin la comunión de ideas y sentimientos. Además, cuando se ama tiernamente se siente la necesidad de mostrarlo, y la imitación es la prueba

(1) Eccli., XXXIII, 38.

más evidente del amor. Puedo dudar del afecto que se me tiene, mientras sólo se me hable de él y no se me pruebe con algún testimonio; pero si por agradarme, alguien renuncia á sus más agradables inclinaciones, si se despoja en cierto modo de su propia vida para que yo no muera, en este caso debo creer en la sinceridad de su cariño.

### PUNTO III

El comparar frecuentemente nuestra vida con la del Salvador es el tercer medio que nos conduce á su imitación

Cuando un pintor quiere copiar un cuadro dirige sucesivamente su mirada atenta del modelo á la copia ó al contrario, y según exige la conformidad que trata de establecer, añade, quita ó modifica; hagamos lo mismo nosotros. Si queremos imitar á Jesucristo fijemos en El los ojos de nuestra alma, y luego inclinémolos hacia nosotros; traslademos á nuestra vida las virtudes que admiramos en la suya; destruyamos en nosotros cuanto sea opuesto á tan adorable modelo. El uso de esta práctica debe ser familiar á todo el que quiere merecer el hermoso nombre de representante del Hijo de Dios.

¿A qué punto he llegado de esta imitación tan excelente como indispensable? Yo seré juzgado acerca de ella: importa pues, que me adelante á juzgarme, según ella, desde ahora. Decía el cardenal Berulle que para formarse idea del Hijo de Dios conversando con los hombres le bastaba considerar á San Francisco de Sales, cuyo exterior revelaba tal santidad, que viéndolo, se creía ver á Jesucristo. ¿He llegado á esta perfección? ¿puede decirse que mi modestia recuerda la del Salvador, y que su vida se manifiesta en la mía? (1).

Pero lo que yo debo imitar, sobre todo, es su interior. ¿Cuáles eran sus sentimientos con respecto á las humillaciones, á los sufrimientos, á la pobreza, y

(1) I Cor., IV, 10.

cuáles son los míos? ¿Cómo pensaba El de las riquezas, de los placeres, de los honores.... y cómo pienso yo de ellos? ¿En dónde están en mí su profunda religión, su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas? ¡Ah Señor! yo me parezco á Vos como la noche al día. ¡Dolorosa reflexión! Pero, lejos de desalentarme, quiero que esta reflexión me estimule y enardezca. Cuanto menos he progresado en este camino, fuera del cual no hay salvación posible, tanto más debo ahora apresurar por él mis pasos. Quiero pues, dirigirme á menudo esta pregunta con San Vicente de Paúl: *Quid nunc Christus?* ¿Que haría ahora Jesucristo, qué diría El, qué pensaría si estuviera en mi lugar? ¿Qué pensó El, qué dijo, qué hizo cuando se halló en esta determinada circunstancia?

Me ordenáis, Salvador mío, que os imprima como sello divino sobre mi corazón y sobre mi brazo; obras y sentimientos, todo, queréis que se halle en mí marcado con vuestra imagen, porque nada puede entrar en el Cielo, ni darme derechos para él, sino lo que lleva este sagrado carácter: *Pone me ut signaculum super cor tuum..... super brachium tuum* (1). Me decís al propio tiempo que todo cede al amor, como á la muerte: *Fortis est ut mors dilectio* (2). Conoceréis ¡oh Jesús! es amaros, y es principalmente en la participación del Pan celestial cuando abris los ojos de vuestros discípulos: *Cognoverunt eum in fractione panis* (3). Venid pues; revelaos á mi corazón; dignaos ejercer sobre él todo el poder de vuestros encantos. *Adhæream tibi inseparabiliter, adorem te infatigabiliter, serviam tibi perseveranter, quæram fideliter, inveniam te feliciter, possideam te æternaliter* (4).

(1) Can., VIII, 6.

(2) Can., VIII, 6.

(3) Luc., XXIV, 35.

(4) San Anselmo, Med. I, art. 6.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Conocer á Jesucristo, primer paso que hemos de dar para llegar á su imitación.* Jesús es el modelo admirable que fué mostrado á Moisés sobre el monte Siná; el alma cristiana y sacerdotal, verdadero tabernáculo del Señor, debe levantarse conforme á ese divino plan. ¿Qué podemos saber si ignoramos á Jesucristo. ¡Y cuán poco conocido es aun de aquellos que han recibido la noble misión de manifestarlo al mundo! *Hace ya tanto tiempo que estoy con vosotros, y no me conocéis!* ¡Oh! ¿quién me dará la ciencia suprema de Jesucristo? Cuanto más le conozca, más he de amarle.

PUNTO SEGUNDO.—*Amar á Jesucristo, segundo medio de llegar á su imitación.* El amor es esencialmente imitable. De tal modo copio las acciones de mi amigo que llego á ser otro él, y él otro yo: *Amicus, alter ego.* El amor une y no hay unión perfecta sin la comunión de sentimientos. Cuando se ama verdaderamente, no puede menos de manifestarse ese amor. El renunciar uno á sus inclinaciones, á su propia vida, para apropiarse la vida é inclinaciones de otro ¿no es esta acaso la mayor prueba de afecto que se le puede dar?

PUNTO TERCERO.—*Comparar nuestra vida con la del Salvador es el tercer medio de llegar á su imitación.* Cuando un pintor quiere copiar un cuadro, pasa sucesivamente su mirada del modelo á la copia, y luego quita ó añade, según lo exige la conformidad que trata de establecer. ¿A qué punto he llegado de esta imitación tan excelente y necesaria? Yo seré juzgado conforme á ella; según ella debo pues, juzgarme yo. Debo dirigirme á menudo esta pregunta. ¿Qué haría Jesucristo en mi lugar? ¿qué hizo cuando se encontró en las circunstancias en que me encuentro yo ahora?

SECCIÓN TERCERA

VIRTUDES ESPECIALES DE QUE EL SALVADOR NOS DA EJEMPLO EN LOS MISTERIOS DE SU ENCARNACIÓN, DE SU NACIMIENTO, DE SU INFANCIA, Y DURANTE LOS TREINTA AÑOS DE SU VIDA OCULTA

MEDITACIÓN XV

*La Encarnación del Verbo. Contemplación*

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—Traer á la memoria la narración de este misterio. Viendo la Santísima Trinidad que todos los hombres corrían á su perdición eterna, se compadece de su desgracia y decreta la redención del género humano. Llegada la plenitud de los tiempos, Dios envía al Arcángel Gabriel para que anuncie á María que por obra del Espíritu Santo será la Madre de su Hijo. Consiente Ella y el Verbo se hace carne.

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse por una parte la vasta extensión del globo terráqueo habitado por diferentes pueblos, que tienen todos absoluta necesidad de un Salvador, y por otra, en una provincia olvidada y oscura, la pequeña ciudad de Nazaret y la morada humilde de María.

TERCER PRELUDIO.—Pedir un conocimiento lo más perfecto posible del misterio de un Dios encarnado para ser mi libertador y guía, y la gracia de amarle ardientemente, á fin de imitarle con valor y decisión.